

decir? ¿qué podría decirse? Dejemos que todo esto transcurra en un silencioso drama interior que se inició desde el instante aciago en que Germán dejó de ser uno de los nuestros, en que ya no fue más uno de nuestros semejantes para convertirse en nuestro superior, con esa jerarquía invulnerable, inviolable que da la muerte.

ALFONSO FUENMAYOR

(Tomado de: El Heraldo: Revista Dominical (Barranquilla), junio 9 de 1991, pág. 4).



VENTANA AL MUNDO

Germán Vargas

Nos presentó Gabo en Barranquilla hace casi cuarenta años. Yo creo que fue en el año 52. Tal vez alcancé a estar luego con Germán Vargas, con Cepeda y con Fuenmayor, con Vilá y con Obregón, un par de veces en *La Cueva*, pero esto ya cuando García Márquez se había ido a Europa. Eran tan amigos entre ellos, los del grupo, que una presentación por uno cualquiera equivalía a una iniciación.

Así trabé amistad con Germán y con los otros del Grupo de Barranquilla. Y la trabazón debió de ser fuerte porque a pesar de no vernos sino de vez en cuando, la amistad ha estado ahí, firme y clara. Zumbona también; a esa gente le zumba la inteligencia, y la guasona alegría les ayuda al pudor de los sentimientos profundos.

Fue en el viaje a Estocolmo cuando, al cabo de los años, tuve un tramo de días algo más duradero con Germán Vargas, con Sussie, su esposa, y con su hijo Mauricio. Quedamos alojados

en el hotel Amaranten, mi hijo y yo con ellos, y con Alfonso Fuenmayor; con Hernán y Ana Vicco; con Eligio y Miriam García.

Andábamos contentos como escolares. A poca gente en el mundo se le da la carta de ir a ver cómo le entregan un premio Nobel al compañero de banca en la universidad o de mesa en el café. Alfonso Fuenmayor nos pastoreaba a todos. Recuerdo, la noche del arribo, cómo lo seguimos con una confianza implícita en su no desmentida sabiduría, en la búsqueda de un bar de ambiente bohemio nórdico. Fuenmayor no presumía de conocimiento turístico de la ciudad, seguía su instinto. Sólo que estábamos en el sector bancario de Estocolmo en una noche de invierno. Fue Germán el que lo persuadió de que regresáramos al hotel, en el cual el bar resultó luego muy simpático.

En esa ocasión —poco más de una semana y con los amigos que digo— desayunamos, almorzamos y comimos juntos con la predecible frecuencia, e hicimos una especie de sumario de quién sabe cuántas conversaciones dispersas en los decenios. Las afinidades vitales y de lecturas permiten ahorrar mucho tiempo. Con un hombre como Germán Vargas se discurre sin temor por los atajos y los precipicios.

Gabo me había hablado de la confianza que tenía en el juicio de Germán Vargas. Era evidente que, como Fuenmayor, había leído y discutido todo lo importante por lo menos cuatro veces. Al modo que digo, el de quitarle solemnidad a la expresión, traducía una extensa pasión por las letras. Sabía juzgar la gran literatura con la libertad y la perspectiva del lector maduro, y sabía apreciar la que se hacía en nuestro tiempo y nuestra atmósfera.

Leyó y comentó durante su vida de escritor una enorme proporción de lo que se estaba produciendo en el cuento, la novela, el teatro y el ensayo, en el mundo y en Colombia. Superó esa tendencia del conocedor consumado a encerrarse con lo mejor. No perdió ni la curiosidad, ni la generosidad. Las notas suyas que relievan

los hallazgos de los jóvenes, por ejemplo, harían un buen volumen.

Me sorprendió saber que tenía 72 años, al morir. Daba una idea tan ágil de juventud. Ahora que se ha ido se me agudiza esa dolorosa impresión de que no tenemos sino instantes con quienes compartimos el mundo ideal. Como decía Jomi García Ascot —otro amigo que se fue temprano— lo único mejor que oír música es hablar de música con los amigos. Igual pasa con los libros.

Cuando pienso en la pena de Sussie, Darío y Mauricio Vargas, pienso también en la de quienes los están acompañando más de cerca, Alfonso Fuenmayor, Gabriel García Márquez y Alejandro Obregón. El "roll call", la llamada a lista del personaje proustiano. Ese grupo con el cual uno compartió la fiebre y la alegría de los libros no sólo estaba hecho de artistas y escritores completos. Es un grupo de amigos verdaderos.

GONZALO MALLARINO

(Tomado de: El Espectador (Bogotá), junio 10 de 1991, pág. 2A).



UN RECUERDO NORTEAMERICANO DE GERMAN VARGAS

El maestro Germán Vargas fue un muy querido amigo, pero era mucho más que un amigo: fue la persona más generosa que he conocido. Fue el mentor de varias generaciones de intelectuales colombianos y extranjeros. Sin él, Colombia sería mucho menos de lo que es; sin él, todos los que lo hemos conocido seríamos menos de lo que somos.

Supe que lo perdimos el martes 21 de mayo a las 4:10 de la tarde en el apartamento del Dr. Alfonso López Michelsen. Tres horas después yo tenía que estar en el aeropuerto de El Dorado para tomar un vuelo a Lima y después a La Paz. Desde el momento que estuve en El Dorado, todavía sin poder aceptar esa noticia, he querido escribir estas líneas, pero también no he querido escribirlas. He querido reconocer de alguna forma lo que Germán representó para mí (y para muchos norteamericanos), pero no he sido del todo capaz de aceptar nuestra pérdida de él.

La última vez que vi a Germán fue a través de la ventana de un taxi en el parqueadero de Los Laureles en Barranquilla el viernes 17 de mayo a las 6:45 de la mañana. Yo me iba para Bogotá después de estar dos días con él. Ya nos habíamos despedido allá en su apartamento del cuarto piso, pero como siempre, también nos despedimos de lejos mientras el taxi salía, diciendo adiós con la mano. El se veía bien y contento como siempre.

La primera vez que vi a Germán fue cuando nos conocimos, en octubre de 1979 en el Hotel Tequendama. Nos sentamos juntos alrededor de una mesa en una suite, junto con Virgilio Cuesta (en aquel entonces gerente de Plaza & Janés) y otros miembros del jurado para decidir el gana-



dor del Primer Premio de Novela Plaza & Janés. Pasamos varias horas discutiendo novelas, tomando tragos y comiendo. La primera imagen que tenía de Germán, entonces, era de un hombre "of class", de clase, un caballero completo. Su manera de actuar

en esas discusiones largas y a veces tensas fue impresionante: fue bajo la dirección del maestro Germán que llegamos al resultado unánime del premio para Plinio Apuleyo Mendoza. Es por su forma de actuar —tan caballeresca, tan gentil, tan sensata— que lo llamaban tanto a servir en los jurados nacionales y regionales.

Después de ese premio, carteamos algo y nos vimos la segunda vez en 1981, esta vez en Barranquilla a raíz de la publicación de un libro mío. Así, en julio de 1981 Germán me invitó a hablar en "La Tertulia" de EL HERALDO. Estar con Germán un par de días y hablar con él en "La Tertulia" en aquel entonces una de las experiencias más recordadas de mis aventuras colombianistas.

Durante esos días me di cuenta de que Germán era una persona muy especial, muy fuera de lo común. Hablamos y tomamos Ron Tres Esquinas hasta las altas horas de la noche. Germán solía contar cosas fascinantes de Barranquilla durante los años cuarenta y cincuenta, su tema favorito. Hablábamos no sólo de su querido Grupo de Barranquilla, sino de toda la cultura nacional de los últimos cincuenta años. El sabía muchísimo, pero nunca se tomaba muy en serio. Al contrario, resaltaba su gran sentido de humor. Es decir, Germán distinguía muy bien entre la seriedad y sobriedad, y eso le permitía mantener una actitud jocosa ante todo.

Del año 1981 en adelante, Germán fue muchas cosas para mí, incluso un gran amigo y un gran mentor. Mis viajes anuales a Colombia siempre incluían en el itinerario la llegada por Barranquilla y la salida por la misma Barranquilla. Germán y Susie siempre me recibían con los brazos abiertos, tal como recibían a todo intelectual colombiano y extranjero que pasaba por Barranquilla. Establecimos unos muy agradables ritos que construimos alrededor de nuestras largas conversaciones literarias, ritos repetidos cada año. Todo siempre partía de un delicioso almuerzo costeño que Susie nos preparaba, siempre con arroz con coco. Después



venía mi invitación al Restaurante Devis, casi siempre con Meira Delmar y Ramón Illán Bacca. Era en el Devis, típicamente después de medianoche, que Germán echaba sus más divertidos cuentos sobre los conocidos personajes de la literatura colombiana.

Una vez hasta nos cantó tangos, que cantaba muy bien (espectáculo que lo vi repetir una sola vez, después de tomar varios whiskies en una comida con Alejandro Obregón, en Cartagena en junio de 1986). Un par de veces mis visitas a Los Laureles coincidían con la presencia de García Márquez y entonces los ritos normales cambiaban un poco; en vez del Devis comimos en El Calderito, por preferencia de Gabito. A veces Germán y yo volvíamos a El Calderito, recordando a Gabito.

Ahora que lo pienso, fue exactamente una década que Germán y yo seguimos esos ritos tan preciosos en la Costa. Sería imposible explicar del todo exactamente qué significaba esa amistad con Germán durante los diez años. Pero hay ciertas cosas obvias, como por ejemplo, el hecho de ser Germán una de las personas que más sabía de la literatura colombiana del siglo veinte y el hecho que Germán compartiera sus conocimientos con todo el mundo.

Quizás los que no conocían a Germán de cerca no se daban cuenta de su generosidad excepcional. Yo lo vi leer centenares de manuscritos de autores jóvenes. Germán comentaba los libros a los jóvenes autores, los estimulaba a escribir mejor, a soñar más. Si un manuscrito realmente valía, Germán encontraba quien lo



publicara. De esta forma —casi invisible— el maestro Germán ha sido una piedra angular de la literatura colombiana del siglo veinte.

¿Por qué hacía Germán tantos favores para tantos escritores? El mismo nunca ha ganado nada en términos económicos de la literatura colombiana. El lo hacía por una razón muy sencilla: porque le gustaba. Cuando un libro de un joven salía publicado, Germán gozaba de la misma alegría del autor mismo. Yo creo que para Germán los días más felices de su vida eran esos en que él veía a un joven escritor realizar su sueño —publicando un primer libro en la Fundación Guberek o recibiendo un Premio Nobel en Stockholm.

Germán era el hombre más sabio que yo he conocido. Conozco intelectuales de todas partes de las Américas. Pero no hablo de inteligencia, sino de sabiduría. Supongo que todo lo que pasábamos por Los Laureles intuíamos que su sabiduría era excepcional y por eso insistíamos en verlo. Sé que otros sabios, como el profesor John Brashwood en los Estados Unidos, lo respetaban y lo adoraban.

Germán era un hombre de muy buen gusto. Al decirse, no me refiero al “buen gusto” formal (ropa fina, etc.), sino a su buen gusto como interpretador de textos y de personas.

Fue un acto de muy buen gusto, por ejemplo, cuando Germán mandó unos libros de Faulkner (toda una caja de Faulkner) al joven Gabito cuando éste, hace unos cuarenta años, estaba enfermo; pocas personas saben de esta anécdota, porque Germán fue una persona sumamente discreta.

La última visita con Germán fue la semana pasada. Con la excepción de

la ausencia de Susie, todo fue como siempre. Vi a Germán más contento que nunca, charlando en su mecedora en Los Laureles. Tuvimos algunas cosas para celebrar y las celebramos bien en su apartamento, en el Devis, en la casa de Alfonso Fuenmayor y en El Calderito. Recuerdo mis últimas palabras cuando nos despedimos: “Mil gracias Germán, nos vemos en Ibagué”. (Ahora he decidido leer algo en homenaje a Germán en Ibagué en el Sexto Congreso de los Colombianistas Norteamericanos).

También hay vainas que simplemente no alcanzo a entender, y que probablemente no comprenderé nunca. Por ejemplo, el martes 21 de mayo yo intenté llamar a Germán por teléfono desde Bogotá para despedirme. Normalmente, no llamo a Germán para despedirme, pero esa vez se me ocurrió hacerlo, no sé por qué. Tampoco sé por qué me desperté a las 3:30 con insomnio. Llamé dos veces entre las 5:30 y las 6:00 (Germán es madrugador), pero no conseguía línea, volví a llamar dos veces entre las 11:30 y las 12:00.

Yo hubiera preferido estar con Susie y la familia durante estos días, pero el destino me llevó a los Andes del Sur y yo decidí seguirlo. Aquí en La Paz paseo por las calles, entro a librerías, pienso en Germán y escribo unas líneas más. No han sido días fáciles. De este viaje por Colombia, Perú y Bolivia, no obstante, saldrá algún día un libro que dedicaré “A la memoria del maestro Germán Vargas”.

Dentro de dos meses estaré de regreso en Colombia. Será la primera vez en muchos años que Germán y yo



no haremos los ritos establecidos. Estaré en Barranquilla sólo una mañana —para dejar flores en la tumba de Germán. No seré capaz de ir ni a Los Laureles ni al Devis ni a ninguno de nuestros lugares. No podré volver a Barranquilla por muchos años.

El maestro Germán hizo que mucha gente soñara grandes cosas, y por eso estoy seguro que descansa en mucha paz.

RAYMOND WILLIAMS

La Paz, Bolivia, 23-26 mayo, 1991

(Tomado de: El Heraldo: Revista Dominical (Barranquilla), junio 30 de 1991, págs. 4 y 5).

DON GERMAN

El veranillo de San Juan hace soportable el mediodía. Los “chorros d’oro” inundan de amarillo los antejardines del Prado. Las golondrinas veraneras invaden, al atardecer, los alrededores de la Biblioteca Departamental. Los voceadores de la suerte del paseo Bolívar claman a los cuatro vientos el número que cambiará su destino. Pero algo falta definitivamente en esta Barranquilla. De alguna manera la ciudad ya no es la misma. Falta Don Germán.

Muchas veces hablamos de esas relaciones silenciosas que se establecen entre las ciudades. Siempre estábamos preparando una charla “al alimón” sobre Medellín y Barranquilla. Cada encuentro era un nuevo aporte: el punto de unión entre los Panidas y el grupo de “Voces” fue Julio Enrique Blanco y uno de los permanentes colaboradores de la revista “Sábado” era don Ramón Vinces, y la estadía de Barba en Barranquilla y la escultura de Tobón Mejía para la Plaza de la Bandera, y en la Secretaría de Educación del Atlántico de Javier Arango, la mítica estancia de “Figurita” en Medellín, y la similitud de la arquitectura de los barrios del Prado en ambas ciudades... en fin, tantos planes que se hacen sin saber que la muerte está al acecho.

Don Germán se había convertido en ese punto de unión entre la Costa y